

THE STORY IS A PROPHET WITH THE GAZE TURNED BACK. THE HUMANIST TRADITION AND STUDIES OF LATIN AMERICAN THOUGHT IN THE UNIVERSIDAD CENTRAL “MARTHA ABREU” DE LAS VILLAS (1952-1999)

Resumen

Los estudios filosóficos, y en particular de estudios de la realidad cubana y latinoamericana, en la Universidad Central “Martha Abreu” de Las Villas tienen un recorrido histórico que se narra en este ensayo a partir de la delimitación de tres grandes décadas: la del sesenta, setenta y la de los ochenta-noventa. En estas dos últimas ubicamos la labor del profesor Pablo Guadarrama y del grupo que se constituyera en 1985 con él, el cual da continuidad a la tradición de la universidad en estos estudios.

Palabras clave

Filosofía cubana, Universidad Central “Martha Abreu” de las Villas, marxismo soviético, Pablo Guadarrama.

Abstract

This essay refers the historical background of philosophical studies, and particularly the studies about Cuban and Latin-American reality, at the Central University “Martha Abreu” of Las Villas, from a philosophical perspective. To do this, there are defined three wide decades: the sixties, seventies and the eighties-nineties. Pablo Guadarrama belongs to the last two decades and the group he organized at the university, since 1985, continued the tradition of this kind of studies.

Keywords

Cuban philosophy, Central University “Martha Abreu” of Las Villas, soviet Marxism, Pablo Guadarrama.

Referencia: Valdés García, F. (2019). La historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás. La tradición humanista y los estudios de pensamiento latinoamericano en la Universidad Central “Martha Abreu” de Las Villas (1952-1999). *Cultura Latinoamericana*. 29 (1), pp. 240-263. DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.29.1.10>

**LA HISTORIA ES UN PROFETA CON LA MIRADA VUELTA
HACIA ATRÁS. LA TRADICIÓN HUMANISTA
Y LOS ESTUDIOS DE PENSAMIENTO LATINOAMERICANO
EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL “MARTHA ABREU”
DE LAS VILLAS (1952-1999)**

*Félix Valdés García **

Instituto de Filosofía de La Habana

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.29.1.10>

El mes de diciembre de 2013 se le otorgó la condición de Profesor de Mérito de la Universidad Central “Martha Abreu” de Las Villas a los profesores de filosofía Pablo Guadarrama González y Manuel Martínez Casanova. Qué mejor ocasión para pensar en el desarrollo de la filosofía en la última mitad del siglo XX en la UCLV, así como en la probada labor académica del Pablo, ligada a los estudios de pensamiento latinoamericano y su desempeño como tutor de muchos, su biblioteca ‘errante’ y su entusiasta desempeño personal. Pero sobre Pablo ya hemos hablado antes (Valdés y León del Río, 2001, pp. 103-106), por eso prefiero detenerme en lo primero y andar por la historia que en cierto modo nos ha constituido y ha hecho que tanto Manolito como Pablo hayan recibido tan merecida condición por la universidad que les ha dado su atributo, y ellos su mayor labranza.

* Doctor en Filosofía, graduado en la Universidad Estatal de Bielorrusia. Profesor titular e investigador del Instituto de Filosofía de La Habana. Se dedica al estudio de la filosofía cubana, caribeña y latinoamericana. Editor principal de la *Revista Cubana de Filosofía* y de la Biblioteca Virtual de Filosofía y Pensamiento Cubano. Libros en los que ha publicado: *Filosofía en América Latina*; *La condición humana en el pensamiento cubano del siglo XX*; *La Filosofía en su tiempo histórico*; *La in-disciplina de Calibán. La filosofía en el Caribe más allá de la academia*. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1561-2838>. Contacto: felix@filosofia.cu

Fecha de recepción: 5 de enero de 2019; fecha de aceptación: 1 de febrero de 2019.



Para Eduardo Galeano, “la historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás”. Para mi hija de veinte años, es como un pedazo de plastilina en sus manos presta a moldearle para extraer esa figura que su tiempo exige, ese espectro que le parece el justo. Ella procura la historia inmediata, no la de hechos y narraciones distantes de la colonia o la República, sino de esta, que pasado los años se nos permite, como profeta, volver la mirada hacia atrás y ponernos sobre ella para contarla. Y tiene razón cuando piensa que contar y darle forma al pasado le permite hacerse de la posibilidad de tener futuro, pues carecer de ello y pensar que vivimos un eterno presente, vaciado de historia, nos deja sin proyección sucesiva. Hay que buscar y leer el lapso inmediato recorrido, sacarlo de nuevo, desde cierta distancia y con ojos renovados, para, como el búho de Minerva (o el sijú platanero cubano), que levanta el vuelo en la noche con los ojos empañados, leer y analizar lo acontecido, que está ahí. Pero no tomarlo como técnica, sino como avío de pesca, que nos permita asirnos de lo que nos distingue en el tiempo. Hay que ir a la historia para que no se nos cuente luego en rebatos y con olvidos meditados.

La entrada a la UCLV y a su cobijo, a la docencia de cada día, a las dinámicas cotidianas de facultades que un día quedaron fuera de ella, nos impidieron trazar la continuidad de un recorrido al cual nos sumábamos. Absorbidos por lo perentorio, dejamos para después la estima del pasado inmediato, que, asumido a hurtadillas, estaba en nuestro ‘ahora y ahí’, en esos proyectos de estudio sobre pensamiento cubano y latinoamericano que cobraban rumbo. Apenas estimamos la tradición anterior, el rastro fugaz de Federico de Onís, de Medardo Vitier o de su hijo Cintio, como de Gaspar Jorge García Galló, Manuel Moreno Fraginals o Samuel Feijóo. Por ello, prefiero avanzar entre las dilatadas décadas del sesenta, setenta y los años ochenta-noventa. Si bien la primera fue de afirmación de los estudios cubanos y latinoamericanos, de un modo de filosofar; la segunda fue de negación; mientras la última, de superación de las anteriores, de la mano de los estudios de pensamiento, estimulados por Pablo Guadarrama. También en este lapso, la propuesta de un nuevo programa docente para la enseñanza de la filosofía marxista rompió con lo establecido, haciendo pensar —desde otros presupuestos— a la filosofía misma y el modo cómo enseñarla.

Hacer filosofía, dedicarse a ella en nuestro entorno, implica la constante pregunta por su naturaleza y su desarrollo en nuestro mundo, en esa especie de búsqueda de legitimidad, de pensar críticamente en la labor reflexiva, conceptual, hecha más allá de lo que la filosofía técnica y disciplinar, de raíces occidentales que se imponen en la aca-



demia. La cuestión de una obra filosófica de la América, al sur del Río Bravo, que incluya a “las islas dolorosas del mar” y que se reconozca como tal, que procure cartas de ciudadanía a una labor teórico-conceptual en nuestro medio, no deja de ser objeto de pugilatos y de estiras y encoges, como tampoco deja de formar parte de la necesidad de emanciparnos de formas y modelos impuestos, de conceptos y universales de otras prácticas.

Al valorarla en nuestro entorno, un lugar central tienen los estudios de nuestro ser real, de los modos históricos de su constitución y de cómo lo abordamos, de crear para ello herramientas teóricas, conceptos, que permitan aprehenderle, más allá de aquellos universales de la práctica humana y de los cursos de Historia de la filosofía (occidental), de la filosofía ‘a secas’, impartidos en nuestra academia, dados como ‘la filosofía’ en cuestión, desde una u otra perspectiva doctrinal de base, y siempre apuntando a un “séptimo u octavo cielo”, ajeno al cotidiano y establecido ser real.

Es notorio que para el rescate de las formas filosóficas del pensamiento hay que ir más allá de lo dado por la academia, más allá de la disciplina estrecha legitimada por esta y aprehender teóricamente nuestro mundo, de modo transdisciplinar, de modo tal que se comprenda el ser real, constituido en la práctica concreta de estas islas, a lo largo de un complejo proceso socio-cultural que nos ha hecho unos y no otros, nosotros y no ellos, lo particular de un universal. El desarrollo del pensamiento y de la labor teórica que alcanza elevadas formas generales o conceptuales de expresión, forma parte —con mucho— del interés por estudiar el pensamiento, la filosofía en nuestra América; y, en nuestro caso, se relaciona estrechamente con la tradición humanista, reflexiva, que también pretende nexos estables, esenciales, conceptos, a lo cual se ha contribuido desde Las Villas, y que ha acunado la redacción de una obra capital para entender este país, como es *El Ingenio*, de Moreno Fragonal, o los ingentes esfuerzos vinculados a la labor editorial y por el enriquecimiento de los valores patrimoniales de obras innegables para entender nuestro mundo.

De este modo, no solo es de interés la labor de los profesores de filosofía, sino de intelectuales que marcaron con fuertes signos el volver a nuestra realidad, a conceptualizar nuestro mundo, a indagar y crear instituciones y recursos que fuesen en su auxilio, que enriquecieran el panorama cultural y de pensamiento, en lo cual la UCLV ha sido esencial en el último medio siglo, con logros que siempre se parecen a sus hacedores.



Para ello diferenciaremos tres períodos. El primero, de mediados de los años cincuenta y que podríamos extender hasta la década del sesenta, la cual arrancó con la presencia en la UCLV de profesores de sobrado prestigio y la labor editorial de la universidad, salida del ardor del rector Mariano Rodríguez Solveira y de las manos de su demiurgo, el incansable escritor e investigador Samuel Feijóo. Esta ‘década’ larga o primera etapa cierra en 1968.

Un segundo período —otra larga década— fue la de los setenta, que, en el caso de la UCLV, se extiende de 1968 hasta mediados de los años ochenta, constituyendo un lapso que puso fin al período anterior y buscó establecerse como otro tiempo diferente —como su antítesis—, que desconoció al anterior, lo negó en cierto modo y fijó una perspectiva de la filosofía, que invadió tanto lo teórico como lo metodológico y lo ideológico. Esta se enseñaba y ejercía por medio de manuales de férreas e infalibles lógicas que ya habían sido un modelo querellante en la Cuba de los años anteriores.

Esta concepción de la filosofía estuvo apoltronada en la perspectiva marxista-soviética, destinada a achicar cualquier otro intento que se saliera de su canon o dogma. Todo lo que se hiciera más allá de ella quedaba muy mal parado, con el estigma, en el mejor de los casos, de “filosofía burguesa contemporánea”, si es que mereciera alguna atención. Esta visión estuvo asistida además por la intrascendente presencia de fugases “asesores soviéticos”, insertados a los departamentos, a quienes más bien se les despertaba el interés por la cultura y el pensamiento nuestroamericano, abriendo muchos de ellos un filón nuevo para el mundo eslavo, como es el caso de Oleg Ternovoi, Valeri Aladin, Vladímir Akulai, Nicolai Pereliguin.

El rumbo de la filosofía académica constituyó una figura, ya en pugnas con lo legítimamente nuevo y revolucionario, forcejeado en los años anteriores, sobre todo dentro del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, al abrigo del cual estuvieran algunos profesores de filosofía de Santa Clara. Esta visión se convirtió en una perspectiva epistémica, en un presupuesto rígido del conocimiento que fijaba las certezas, las cuales campeaban y ordenaban el saber, medraban en la institucionalidad y regían el campo de los estudios sociales, humanísticos y culturales, con una severidad sin igual.

Un tercer período en los estudios filosóficos y de pensamiento lo consideramos a partir de la constitución, en 1986, de la Cátedra de Pensamiento Latinoamericano “Enrique José Varona”, el inicio de cursos de postgrado sobre filosofía en nuestro mundo, el desarrollo de los simposios sobre pensamiento latinoamericano a partir



de 1987, el establecimiento de la maestría a partir de 1994, como la formación de doctores en temas de esta naturaleza. Este período se extendió hasta finales de la década del noventa, cuando la crisis económica, de implicaciones culturales y académicas, hizo abandonar el ritmo de los años precedentes en el estudio del pensamiento cubano y latinoamericano. No obstante, todo este tiempo estuvo antecedido por la chispa que dejaron, en una parte del claustro, los estudios sobre el positivismo en América Latina y sobre la filosofía cubana de la primera mitad del siglo XX, realizados a inicios de los ochenta, transido aun por la rígida perspectiva metodológica del marxismo soviético de la etapa anterior.

Desde este 'esquema' trazado como hipótesis, propongo recorrer el camino del pensamiento indagatorio, esencial, la tradición humanista de las ideas, de la filosofía en la Universidad Central, donde Pablo, y el grupo alrededor suyo, mantuvieron muchas veces, inconscientemente, este pasado sobre sus espaldas.

Primera etapa (1956-1968). La larga década del sesenta

La década del sesenta para los estudios humanistas y de pensamiento en la UCLV, para la filosofía, se adelantó unos años al calendario cronológico si consideramos que la historia no siempre es sincrónica a los años naturales, como lo asumiera Fernand Braudel. Su inicio puede ser tomado con la labor de Medardo Vitier en el claustro desde 1952, de Gaspar Jorge García Galló entre 1956 y 1961, y la creación, en 1957, por Federico de Onís, del Departamento de Estudios Hispánicos, hasta la salida de Feijóo de *Islas* y de la universidad.

La UCLV se fundó oficialmente en 1952, un tiempo complejo en el desenvolvimiento político nacional, marcado además por liados manejos académicos de los Estados Unidos. No obstante, en la ciudad había una tradición intelectual crítica, que va desde la poesía negrista de Emilio Ballagas en los años treinta, hasta la presencia de intelectuales como Juan Marinello y su esposa Josefa 'Pepilla' Vidaurreta. Todavía son testigo de este bregar los murales de la Escuela Normal para Maestros, donde, estropeados por el tiempo y la inacción, aun resisten las pinturas de Eduardo Abela, Amelia Peláez, René Portocarrero, Mariano Rodríguez, entre otros. Santa Clara sirvió de amparo a muchos intelectuales, sobre todo críticos del sistema vigente y en ella un lugar particular le correspondió a la joven universidad.



Medardo Vitier, promotor liminar de los estudios de filosofía cubana, “un hombre que vivió principalmente para el estudio y la meditación”, como dijera de él Jorge Mañach, enseñó filosofía en la UCLV, ocupando la recién creada Cátedra de Historia de la Filosofía de la Escuela de Filosofía y Letras de la universidad. Vitier, un maestro de una correspondencia íntima entre “el pensamiento y la acción vital, entre la doctrina y la vida”, como elogiosamente reconociera José María Chacón y Calvo, vino a Santa Clara a enseñar, ya siendo un intelectual de ganado prestigio, con una obra que le distinguía en Cuba y el continente. En 1938 había publicado *Las ideas en Cuba. Proceso del pensamiento político, filosófico y crítico en Cuba, principalmente en el siglo XIX* por la editorial Trópico, en dos tomos y luego, en 1948, *La filosofía en Cuba*, en México, editado por el Fondo de Cultura Económica. Vitier, primer Premio Nacional de Literatura, otorgado en Cuba en 1937, era además conocido por sus ensayos y libros sobre José Martí, Enrique José Varona y otros pensadores cubanos.

Sobre todo, es notoria la perspectiva desarrollada en sus textos, la idea de hacer valer y resaltar la relación de los grandes pensadores cubanos con el pensamiento occidental, buscando “la cohesión profunda de una cubanidad largamente fomentada”, donde se encontraba “la raíz de lo que hemos querido ser y de lo que hemos realizado”. Indudablemente, con este profesor, los estudios de pensamiento cubano, las clases de historia de la filosofía, estuvieron transidas de inicio a final de una inquietud y de un saber por la obra de pensamiento patrio, desasistido de formas vulgares o limitadoras de su riqueza y, como reconociera Cintio, sin “exagerar originalidades doctrinarias” en el período que va de José A. Caballero a Enrique José Varona.

Para Medardo la filosofía había sido injustamente admitida entre aquellos que ocupaban cátedras de la disciplina y escribían tratados sobre ella, cosa extendida en su tiempo, e incluso en el nuestro. Por eso no desarrolló a plenitud en su *Filosofía en Cuba*, la obra de José Martí, cuestión que a su modo realizara en el año de su centenario. Según Vitier, a los escritores no especializados, o no vinculados al oficio de cátedra, pero sí dotados de una actitud filosófica, se les llama ‘pensadores’, cuestión que él objetara. ¿No es ello una perspectiva compartida luego, aunque polémica, por quienes se desarrollaron en los estudios de la filosofía cubana y latinoamericana?

En 1956, la universidad se prestigió al conferirle la condición de Profesor Honoris Causa en Filosofía, tras reconocer en el mismo año con semejante título a Fernando Ortiz, autor del *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, creador del concepto *transculturación*, y a Ramiro



Guerra, autor de *Azúcar y población en las Antillas*, un clásico de los estudios caribeños para entender la historia de la plantación azucarrera y la amenaza de los latifundios. Las Villas supo reconocer la obra crítica, argumentativa de los estudios de nuestro ser identitario, de nuestra ontología, de nuestra historia y cultura; mientras libros suyos vieron sus ediciones príncipes en la UCLV, tales como *Kant, iniciación de su filosofía* (1958) y *Valoraciones I* (1960), *Valoraciones II* (1961), en los cuales se incluye mucha de la obra ensayística, expresión de su pensamiento fogueado en los años de la UCLV.

Cintio Vitier, también profesor de esta universidad, con semejante reconocimiento en 1999, en el acto de entrega de la distinción donó el programa de Historia de la Filosofía que su padre redactara en los últimos años de su vida y él mecanografiara, el cual constituye, sin duda, como afirmara, “un aporte memorable a la docencia filosófica en Cuba”, pues para Medardo, señalaba Cintio, “ninguna enseñanza podrá ser más útil que el ejemplo de nuestros próceres, cuando en verdad lo fueron del pensamiento, la acción y el corazón. No porque hayan sido superiores a otros, sino porque en ellos encarnaron las mejores tradiciones de la humanidad, sazonadas con el jugo de la tierra que los vio nacer y de la historia que los engendró”¹.

No menos importante en la tradición que se forjaba de estudios filológicos, de pensamiento y las formas ideales del mundo nuestroamericano, fue la creación en 1957 del Departamento de Estudios Hispánicos. Para ello, la directiva de la universidad convidó al profesor español Federico de Onís, amigo y solidario de los grandes hombres de las letras y el pensamiento en la isla a lo largo de los años treinta-cincuenta, difusor del hispanismo en los Estados Unidos, así como director del departamento en la Universidad Columbia de Nueva York y, por este tiempo, profesor en Puerto Rico. La creación y funcionamiento del departamento debió marcar, una vez más, la vocación humanista y la atención que se le prestaba a estos temas en la joven universidad, un hecho notorio ante la intelectualidad cubana, favorecido por el empeño del rector Agustín Anido. Cintio Vitier fue su sucesor en 1959 y, como reconociera, “lo único que pude hacer, con la experta ayuda de Hilda González Puig, fue aumentar las colecciones y los archivos, gestionar la adquisición de los fondos bibliográficos de Francisco de Paula Coronado en el Palacio Aldama, realizar la primera edición crítica de *Espejo de paciencia*”².

1. Palabras pronunciadas en la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas por Cintio Vitier, al recibir el título de Doctor Honoris Causa en Ciencias Filológicas, el 28 de diciembre de 1999. Revista *Islas*, (125) y *La Jiribilla*, (439), del 3 al 9 de octubre de 2009. (www.lajiribilla.cu).

2. Ídem.



Gaspar Jorge García Galló, otra gran figura de la pedagogía y la filosofía de esta década ejerció la docencia desde finales de los años cincuenta hasta entrados los sesenta. Muy asumido a la doctrina marxista difundida por los militantes comunistas cubanos, se desempeñó como profesor, luego, en 1960, como decano de la Facultad de Filosofía y Letras, hasta su retirada a La Habana como dirigente sindical y como director del Departamento de Filosofía de la bicentenario universidad habanera, en 1964. En la revista *Islas*, García Galló publicó artículos relacionados con la ciencia y la técnica en la formación de los estudiantes.

No obstante, la marca distintiva de esta década en la UCLV está estrechamente relacionada con el rectorado del Dr. Mariano Rodríguez Solveira, un intelectual de gran tino y capacidad, quien reuniera y estimulara el desarrollo de las manifestaciones más elevadas de la cultura, del pensamiento que indaga a profundidad nuestras raíces, y en particular de la filosofía.

Rodríguez Solveira asumió el rumbo universitario en mayo de 1958, en arduos días de la lucha revolucionaria frente a la sangrienta tiranía batistiana. Entre sus propósitos se descubrían su deseo por democratizar la vida de la universidad, poner fin a las arbitrariedades en curso que ya hacían procacidad e impulsar proyectos nuevos, apoyado en intelectuales como su antecesor Agustín Anido, los de la Torre, Antonio Núñez Jiménez —profesor de geografía que se sumara a la columna del Che en la contienda de Las Villas— y, en particular, en Samuel Feijóo, quien llevara la Dirección de Publicaciones y la revista *Islas*.

La universidad que rectorara Mariano quedaba marcada por un suceso para la historia y la sensibilidad humana cubana y continental. Ella fue base de operaciones de la Columna 8, comandada por el Che, desde el 28 de diciembre hasta la toma de Santa Clara, la batalla definitiva del triunfo de la revolución el 1 de enero de 1959. Y fue él quien le entregara la condición de Profesor Honoris Causa en Pedagogía, el cuarto título conferido por esta Alta Casa de Estudios, al comandante guerrillero, símbolo de una orientación nueva en el pensamiento y la acción, exactamente un año después de la gesta, en un acto que rompía el canon, pues el Che se negó a trocar su traje verde olivo por la tradicional toga negra, de alzacuellos color azul ultramar, símbolo de la Escuela de Pedagogía. Este acto marcaba un nuevo tiempo en Cuba y otro modo de vida para las universidades de los países del sur, las cuales precisarían pintarse de negro, de mulato, de obrero, de campesino y de pueblo, con profesores que bajarían y



vibrarían juntos en un nuevo modo de hacer académico, negador de la manera tradicional occidental, de la universidad de Próspero.

Mariano Rodríguez impulsó con Feijóo la ingente labor editorial universitaria, solicitando obras a sus autores como *Una pelea cubana contra los demonios* a Fernando Ortiz y a otros intelectuales como Raúl Roa, Onelio Jorge Cardoso, entre muchos más. Aun se rememora la dedicatoria del libro y la carta de Ortiz a Mariano, donde le decía:

Referente al libro mío con cuya publicación esa Universidad va a honrarme muy mucho, puedo decirle que estoy entregado completamente a él, lo cual es tanto como decir que ‘estoy entregado totalmente a los demonios’. (...) El título del libro puede ser el siguiente: *Historia de una pelea cubana contra los demonios*. Sub-título: (Relato documentado, folklorista y casi teológico de la terrible contienda que un inquisidor, una negra esclava, un rey y copia de alcaldes, ateos, piratas, energúmenos y demonios libraron a fines del siglo XVII, junto a una boca de los infiernos cerca de la villa de San Juan de los Remedios)³.

Rodríguez Solveira y Feijóo impulsaron el ambicioso plan de publicaciones de la universidad para editar obras de “verdaderos valores de nuestra época, artísticos, filosóficos, científicos, sin distinción alguna, sin dogmas, abiertamente, dando salida libre a las varias ideas y estilos”⁴. Con ello le daban oportunidad entera al escritor cubano, “víctima de la oscura cerrazón editorial del país”, mediante una tarea “limpia e imparcial” que asumían en “pro del noble crecimiento de nuestras letras”.

Ambos intelectuales encabezaron la publicación de los primeros números de *Islas*, una revista cultural y universitaria, con notas definitorias de su perfil, donde se reconocía muy martianamente hacerse “con fe en el trabajo creador, en los más altos valores del espíritu y el mejoramiento de los pueblos”, una faena que emprendían, como reconocen, “en días tristes de dolor común y de comunes esperanzas, para poner juntos ciencia y conciencia”. En las notas redactadas por ambos para definir el perfil de la revista, decían que la universidad se hallaba “fiel a su misión y a su pueblo, sumida en cosas trascendentes, no pequeñas querellas partidistas”, como tampoco se veía atrapada por aquello “que es corteza, minucia en el proceso histórico”. Para

3. Carta enviada por Fernando Ortiz a Mariano Rodríguez Solveira el 10 de febrero de 1959.

4. Notas de la redacción, firmadas por el Dr. Mariano Rodríguez Solveira, habituales en cada número. *Islas*, 1(2): 210 (1959).



los dos, la universidad que abría un nuevo amanecer tenía un camino: “servir a la alta cultura, a la nación, a los principios que la sustentan, al progreso humano, y no permanecer indiferentes a la tragedia, enseñando datos del “saber”, olvidando los modos del “ser”. Tanto Rodríguez Solveira como Samuel Feijóo pretendían servir al progreso cultural, “libre de capillismo” y de “cerrazón dogmática”, según afirmaban en la nota del tercer número de la revista *Islas*. Sin dudas, este fue su interés primigenio logrado en los años siguientes.

Así se iniciaba una labor frágil, de la cual Rodríguez Solveira se separaba a mediados de 1960, al asumir el encargo de ser embajador de Cuba en Ecuador, y a la cual retorna al crearse el Departamento de Filosofía de la Academia de Ciencias de Cuba en 1966, germen del actual Instituto de Filosofía de Cuba, al cual se sumaba con renovado empeño, extrayendo de las bibliotecas que se fragmentaban —con el mejor acierto de un hombre que sabía el valor de las letras impresas— libros valiosos de colecciones privadas, o de la biblioteca del Capitolio Nacional. La actual biblioteca “Zaira Rodríguez Ugido”, del Instituto de Filosofía, acaudala libros que podrían ser evaluados de raros, con rúbricas y autógrafos de María Zambrano, Jorge Mañach, Rafael García Bárcena, etc.

Una marca imborrable en la gestión de Mariano fue la adquisición de la ‘Colección Coronado’, de la cual se conoce su existencia en la UCLV en el último piso de la biblioteca universitaria desde hace más de sesenta años. No obstante, poco se asocia a su labor encomiable por los libros y los valores de nuestra historia. El 20 de febrero de 1960, gracias a sus gestiones, se le compró a Paúl Mendoza, bienhechor de la colección en el palacio de Aldama, por un monto de 44 mil pesos, el montículo de libros que pasaría a la UCLV. Esta es la más completa colección bibliográfica y documental de Cuba, hazaña del bibliógrafo Francisco de Paula Coronado y Álvaro, quien después de Martí y Varona, como dijera el historiador Herminio Portell Vilá, fuera el cubano que más aprovechó las oportunidades de lectura de la biblioteca pública de Nueva York, y quien por más de 60 años acopiara ediciones raras y valiosas, folletos, periódicos, revistas, grabados, fotografías, mapas y manuscritos, encuadrados por los mejores empastadores del país, hoy a disposición de investigadores, aunque amenazada por el tiempo y los tropiezos en su cuidado.

Mariano dejaba en la universidad, sumido en la Facultad de Humanidades y fatigosamente trabajando, a su amigo Samuel Feijóo, el hombre más surrealista que Carpentier hubiese conocido jamás. Samuel fue otro ciclópeo de la tradición humanista de la UCLV, in-



negable en la búsqueda de lo identitario, y quien dejaba con sus indagaciones la huella del ser cubano, construido de las más diversas materias y heredero de las varias tradiciones. Feijóo, un martiano seguro, iba más allá de la estrecha concepción del folklore, de la simple narración ficcional, y con su fecunda pluma y capacidad admirable fue capaz de captar y presentar la realidad constituida por la praxis cubana a lo largo del tiempo —común a las islas vecinas, a los espacios que compartieron la esclavitud negra y la fusión con lo español—, donde todo se funde como parte del todo. Los campos cubanos descritos por Feijóo no se parecen a los de las ínsulas inglesas o francesas descritas por Jacques Roumain o Patrick Chamoisau, donde el negro evoca a Guinea, a su pasado africano y es mayoría sufriente del pasado. El campesino cubano, blanco y negro, es tan arraigado como el blanco pobre de estirpe europea, tan buscavidas en su medio como él, mientras el rico es rico, no importa la saturación del color en su tez o su origen.

Samuel Feijóo fue un investigador de la cultura, escritor, editor, diseñador y alma de una labor imperecedera, impresa a plomo, con una concepción —las veces ilustrada, posmoderna, antioccidental, renovadora, pero siempre cubana y comprometida con el pobre, el ser llano y humilde—, de la cultura y el arte. En su trabajo fue incansable. Ello era su alegría. “¡Y por darme alegría me pagan! Mis vacaciones son de trabajo” (Rodríguez, 2003, p. 121), decía en una ocasión. De sus manos salieron, en diez años en la universidad, treinta números de la revista *Islas* y noventa y nueve libros de una presentación sencilla, módica, que les permitía hacer economías y publicar mayor cantidad de títulos a cuenta del presupuesto universitario, priorizando más los valores intrínsecos en las obras que la belleza de diseño editorial. Como afirmara una estudiosa, “los libros editados bajo la égida de Feijóo, se caracterizan por tener un diseño de cubierta sobria, con un color de fondo que podía ser gris, azul, pardo, con cualesquiera de sus intensidades, sin otro «adorno»”. Por ese rasgo se distinguían en el librero del gabinete metodológico del Departamento, los libros heredados por quienes llegaron en los años ochenta, que, aunque vistos con gratitud, ignoramos siempre la labor gigante de ese departamento que un día cesó y que sacara títulos raigales, pero de lo cual intuimos su tesón.

Quiso el capricho que Feijóo saliera en 1968 de la universidad. Ya eran tiempos de cambio, de salto a otra década en Las Villas, se cerraba un período y se abría otro. Se segaba el trabajo intenso de quien multiplicara sus horas para revisar cada signo del linotipo, cada



página a pruebas, antes de ir a imprenta, unido a la investigación del folclor campesino cubano en su departamento docente. Algunos estudiosos han calculado la cantidad de páginas y de letra dispuesta en linotipia y en papel, no trabajadas digitalmente como es común hoy. Por las manos de Feijóo pasaron cerca de veinte mil páginas de libros y más de ocho mil de la revista *Islas*, en un trabajo que superaba la labor de una universidad y al mismo tiempo la hacía gigante, pero también fueron páginas de su desvelo, de su visión del mundo, de su perspectiva humanista y martiana, que ha quedado prendida a la historia.

Feijóo conoció del apoyo de rectores como Silvio de la Torre o Sidroc Ramos, quienes apostaran por el desarrollo de su perspectiva, ya notable en la UCLV, a pesar de ser ella una universidad anclada en una provincia, con más apegos tal vez al mundo de las ciencias, la técnica, la agricultura y a las demandas de su tiempo. Pero la miopía de un rector —como diría luego su secretaria—, más la mediocridad de otros, ligado a los antojos de quienes querían una revista académica, desemejante de la suya con tanta identidad, no distinguieron con claridad e hicieron girar las cosas de otro modo. En su autobiografía *El sensible zarapico*, redactada al filo de los años ochenta, se aprecia su ánimo pesaroso y el impacto de aquellos días, cuando soportó dejar *Islas* para empezar *Signos*, así como superar la muerte de su esposa y el cuidado de Adamelia, su hija pequeña. En su recuento de vida refiere los “abusos del poder”, “la infamia del más fuerte”, “el sufrimiento humano inflingido por los dogmáticos con poder”, lo grotesco, lo brutal, que en ocasiones le persiguiera, frente al estupor de lo bello y la ilusión (Feijóo, 2009).

A partir de entonces *Islas*, sintomáticamente perdió el sello cultural, de rupturas y artístico literario de antes, en lo adelante fue menor la cantidad de colaboraciones de gigantes de la intelectualidad cubana y latinoamericana, al igual que no volvieron a aparecer trabajos de pensadores franceses, alemanes, norteamericanos, ingleses, como Waldo Frank, Roger Garudy, Régis Debray, Jean Paul Sartre, Adam Schaff, o de soviéticos como E. Grigulievich, Ylhia Erenburg, todo ello a tono con su espíritu abierto, de una época que se cerraba. La revista puso fin, a partir del número 31, al sello personal de Samuel, muy marcado en los últimos números de la primera época. De 1970 en adelante, *Islas* pasó a ser dirigida por un grupo de profesores, convirtiéndose en una revista más universitaria, con menor presencia del dibujo, la gráfica, el arte local e internacional, y sí priorizando —como se puede apreciar al revisar sus páginas— el trabajo académico.



A partir de entonces, su grosor fue menor y desde la revista número 36 (mayo-agosto de 1970), el indiferenciado diseño interior se mantuvo por largos años.

Otros profesores dejaron su huella, acumulada en la historia y la tradición que se forjaba en Santa Clara. Un buen alumno de aquellos días, el incansable profesor Juan López Palacio, recuerda haberlos visto durante las semanas de clases en el Hotel 'Modelo' de la ciudad, pues viajaban para enseñar hasta el centro del país. Cintio Vitier, como Manuel Moreno Fragnals, Julio Le Riverend, encontraron plazas en Las Villas.

Cintio, al hacerle justicia a aquellos años de fructífera faena, decía recordar a

(...) mi mayor amigo en esta ciudad: el interminable Samuel Feijóo, que me había hecho escribir y publicar por la Universidad Central de Las Villas *Lo cubano en la poesía*, y nos abrió las palpitantes páginas de *Islas*. Y con Samuel, Mariano y Marta, en cuya casa de charla deleitosa y nostálgicos tangos hallé nuevo hogar, y los también itinerantes Julio Le Riverend y Manuel Moreno Fragnals, y el gentil caballero teutón Günther Shutz, y el espléndido romano Giuseppe Favole, y el señor de las atmósferas don Agustín Anido, y el atesorador martiano Alberto Entralgo, y el agudo pintor Ernesto González Puig, que desde el 42 nos acompañaba en *Clavileño...*⁵.

Cintio dejaba rápido su labor docente, mientras intentara atraer hasta el centro de la isla, sin éxito, a profesores como María Zambrano, quien con su voz sibilina y su aguda intuición supo ver una 'Cuba secreta' que entraba a la historia. La filósofa española no encontró plaza en la universidad habanera y, desaprovechada siempre su posibilidad por las autoridades universitarias, buscaba aun la posibilidad de volver a la isla, como lo hiciera en enero de 1940. Cintio quiso también traer a Santa Clara al destacado intelectual Ezequiel Martínez Estrada, para quien Cuba era la isla de la utopía.

Otro grande en la comprensión de lo cubano, el historiador Manuel Moreno Fragnals, enseñó desde su regreso a Cuba, a finales de 1959, hasta 1964, en Las Villas. Él regresaba de Caracas y comenzaba a trabajar, no en La Habana, sino en la Facultad de Ciencias Comerciales de la UCLV, para acometer proyectos e irradiar con sus

5. Palabras pronunciadas en la Universidad Central Marta Abreu de Las Villas por Cintio Vitier, texto citado.



búsquedas en la historia cultural y factual cubana. Como asevera su hija Beatriz Moreno Masó, su libro *José Antonio Saco: estudio y bibliografía* de 1960 fue concebido y realizado en Las Villas, publicado por la Dirección de Publicaciones de esta universidad.

Esta fue su vuelta a la academia, interrumpida nuevamente en 1964 cuando regresara a la capital, pero ya con la primera versión terminada de *El ingenio*, texto que aprovechara para entregarle al Che y quien dijera en una carta fechada el 6 de octubre de 1964:

(...) no recuerdo haber leído un libro latinoamericano en el cual se conjugara el riguroso método marxista de análisis, la escrupulosidad histórica y el apasionamiento, que lo torna apasionante. Si los otros tomos mantienen la misma calidad, no tengo temor de asegurarle que *El ingenio* será un clásico cubano”⁶.

Si bien la Universidad Central fue el espacio que lo devolviera a la docencia y a asumir su acucioso trabajo investigativo anterior sobre el azúcar, habría que considerar cómo pudo darle este tiempo aliento a la redacción de su libro. Durante estos años Moreno hizo experimentos de producción de azúcar con métodos del siglo XVIII en una fábrica de raspaduras en Quemado Hilario y se involucró a los reclamos hechos a la investigación de esta joven universidad, la cual ponía en proyecto un “centralito” y buscaba enraizar la producción agropecuaria a las necesidades del país. Para su trabajo se valió de alumnos que le acompañaron en sus pesquisas y sin dudas sus conclusiones renovadoras de la historia nacional, su visión de ella, fueron compartidas en sus clases con los estudiantes. Su aula en la UCLV debió ser su taller y sus alumnos, sus mejores confidentes, los testigos de sus avances.

El ingenio subvirtió esquemas vetustos de la historia liberal tradicional, de la edulcoración de procesos y figuras a las cuales el método marxista de Moreno le sacara lecturas diferentes, para dejar un modo otro de acercarse al conocimiento de nuestra realidad como proceso económico-cultural. Ello constituye sin dudas una marca para los estudios de nuestro entorno en este primer tiempo y en lo cual su estancia en Santa Clara fue caldo de su cultivo. En 1964 salió de la Universidad Central para dedicarse a otras tareas, tal vez menos vinculada a una cátedra universitaria. No obstante, Las Villas tuvo a uno de los grandes reformadores y críticos, subvertidores de lo dado y lo establecido, quien con Julio Le Riverend Brussone, Juan Ernesto

6. Carta de Ernesto Che Guevara a Moreno Friginals, el 6 de octubre de 1964.



Pérez de la Riva, constituyeron esa generación de historiadores cubanos que renovaron la ciencia y propiciaron nuevos rumbos metodológicos y temáticos, seguidos por la generación inmediata.

De este recorrido solo se puede culminar reconociendo la riqueza generada, el ambiente en ascenso, la sensibilidad desarrollada alrededor de la universidad, acumulada en algún sustrato, que indudablemente es hoy acervo y fase de una tradición de estudios humanistas y filosóficos, de impulso de las ciencias sociales, inmanente al desarrollo de una perspectiva de la filosofía, de más anchura y provecho.

La década del setenta en los estudios de pensamiento cubano y latinoamericano (1968 - 1985)

La vuelta a los años setenta mantiene la atención de varios estudiosos, no obstante lo poco alejados que estamos de ella, sobre todo a partir de los debates ocurridos entre 2007-2008 en torno al “Quinquenio gris” o esa especie de “ciber-asamblea” o “guerrita de los email”, que terminara con conferencias generales que comprendieran una valoración de este lapso por prestigiosos intelectuales como Ambrosio Fornet, Mario Coyula, Eduardo Heras León, Arturo Arango y Fernando Martínez Heredia sobre el pensamiento y las ciencias sociales⁷.

Precisamente, en estos días en que redacto este texto, un nuevo libro dedicado al tema argumenta las causas y el advenimiento de un tiempo lleno de sucesos como de alejamiento de una fase (Fornet, 2013). Los debates en el ámbito y la creación artístico-cultural, la producción intelectual nueva, la muerte de Ernesto Guevara, la crítica a la perspectiva abierta, exaltadora de un nuevo papel de la subjetividad revolucionaria, como de alejamiento y crítica a lo foráneo por parte del pensamiento revolucionario cubano, comprometido con el desarrollo de una teoría al servicio de los pueblos que hoy diríamos del Sur global, así como la situación económica en el país y las medidas adoptadas, más el acercamiento acrítico a las perspectivas venidas de la URSS; provocó que, desde inicios de los años setenta, se sellara un tiempo nuevo que reinstauraba lo viejo, lo testarudo, aquello que ya era saber inamovible de algunos, axiomas, dogmas. Por supuesto que no fue un camino sobre un lecho de rosas, sino de arduas batallas en

7. Fernando Martínez Heredia impartió la conferencia “Pensamiento social y política de la Revolución” dentro del ciclo de conferencias “La política cultural del período revolucionarios: memoria y reflexión”, organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios, en el Instituto Superior de Arte, La Habana, 3 de julio de 2007.



las que la apertura de pensamiento y la radicalización de los presupuestos recibió su dictamen. Así, “1971 fue un año mediocre”, asevera Jorge Fornet en su libro, no solo por el poder de la “mediocracia” que se coloca, sino por el agotamiento de la épica y la atenuación de la singularidad o la excepcionalidad cubanas (p. 6), que arranca desde este instante y se extiende mucho más allá de la década cronológica. Al período de expansión precedente, le corresponde el de su contracción en estos tiempos, de lo cual Las Villas tuvo su traza.

No fue azaroso el giro. Hay que verlo en medio de las circunstancias nacionales e internacionales, dadas por las radicalizaciones a lo interno del proceso, los juegos geopolíticos en un mundo dividido en dos polos, el acercamiento a la URSS, como la derechización y la contrarrevolución en años subsiguientes, de la que hablara Norman Girvan para referirse a su consumación en los noventa, que según el intelectual caribeño tuvo su remate con la crisis de Granada para el Caribe y el auge del neoliberalismo en América, y que llevó a los procesos emancipatorios en las islas vecinas y al movimiento revolucionario en el continente y al socialismo en Cuba a sufrir un vuelco y a perder el afán por lo nuevo, sobre todo de otras certezas epistémicas, como reclamaran los intelectuales del *New World Group*, al cual él perteneciera, o como pretendieran los jóvenes intelectuales de la Revolución cubana que quiso pensar “con cabeza propia” e “incendiar el océano”, a lo que les incitara en una reunión el presidente de la República, Osvaldo Dorticós.

A partir de los años setenta, la enseñanza de la filosofía en Las Villas y el desarrollo de la actividad de su tipo en todo el país se caracterizaron por la introducción de la perspectiva marxista soviética con todo su arsenal teórico, en esa especie de “cemento ideológico del sistema”. Tras la reforma universitaria de 1962, la Escuela de Filosofía y Letras pasó a denominarse Facultad de Humanidades, y los profesores de filosofía pasaron a formar parte del creado Departamento de Marxismo⁸, una vez que esta “ciencia” se convirtió en disciplina generalizada para todas las carreras de la universidad. Con este acto se cerró cualquier otra perspectiva o metodología ajena a la filosofía del marxismo, leída desde la experiencia y las exigencias ideológicas del socialismo en la URSS.

8. Los ‘Departamentos de Marxismo’ ocuparon un lugar central en la organización estructural de las universidades, una vez sus profesores garantizaban la enseñanza de las asignaturas a todas las facultades. Estos no estaban adscritos a alguna facultad, sino al rectorado, como poseedores de una especie de halo, o de lugar central, que en efecto era más simbólico que real, en ocasiones por encima de una facultad. Este lugar se ha mantenido hasta tiempos recientes.



Esta, con celoso cuidado, se enseñaba sobre la base de uno u otro manual, alejado de textos íntimos o foráneos, poniendo en descrédito el análisis de la obra de pensamiento cubano de los tiempos anteriores, como las experiencias y desarrollos de la teoría marxista en el Sur colonial. La ojeriza estaba echada: allí todo se convertía en expresión de aquellas conclusiones de Lenin en el libro de 1909, al analizar la filosofía de Mach y Avenarios y sus seguidores rusos, frente a la sólida teoría del conocimiento hegeliano-marxista, expuesta en *Materialismo y empiriocriticismo*. Ello se hizo pauta y rasero metodológico que hacía ver todo invalidado y minúsculo, como escuelas y 'escueluchas', como amenazas y labor irrelevante que los marxistas post-Lenin convirtieron en vicio cómodo, en juicio de simplificado laboreo, peyorativo y superficial, máxime cuando se trataba de aprehender nuestro propio mundo, no sujetado a teorías foráneas y no siempre meritorio de la adjetivación 'filosofía burguesa'. A esa suerte quedaban los estudios de las formas de pensamiento nuestroamericanas como propias, estimuladas unos años antes en Santa Clara.

Avanzado el tiempo, no había dudas de que lo cierto llevaba ese trazo y que las autoridades infalibles estaban en Moscú. En La Habana se habían cerrado algunos espacios, estrechamente relacionados con la filosofía, como la revista *Pensamiento Crítico*, o el Departamento de Filosofía, creado en febrero de 1963 y regidor de la formación de los profesores de otros lugares en cursos impartidos acorde a su lectura del marxismo, más adecuado a nuestras condiciones y a los procesos de descolonización en el Caribe, África, Asia, como del movimiento revolucionario latinoamericano o de lucha por los derechos civiles en Norteamérica. Las lecturas del marxismo desde las realidades conflictivas del sur colonial fueron puestas en pausa, al menos en la enseñanza. No se volvió más sobre *Los condenados de la tierra* de Fanon, ni se leyó o dio a conocer a Amílcar Cabral, a Hebert Marcuse o a José Carlos Mariátegui, así como escasamente se leyó a Julio Antonio Mella, a Rubén Martínez Villena, al menos en una clase de filosofía.

En la revista *Islas*, órgano universitario y expresión de la producción teórica, así como de las preocupaciones y perspectivas que la regían, encontraron más espacio textos de traza marxista soviética, aunque no de autores de este país. Como acertadamente afirma Antonio Bermejo en su revisión de la revista para buscar la presencia del marxismo soviético en las publicaciones periódicas cubanas, la cantidad de artículos por autores de este país es pequeña, solo dos estudios de especialistas soviéticos en asuntos latinoamericanos:



José Grigulievich y Anatoli Glinkin, dos en temas de pedagogía, o el primer texto publicado en *Islas* no. 54 (mayo-agosto 1976) por el profesor Pablo Guadarrama, escrito bajo la asesoría del profesor soviético Vladimir Akulai. En este tiempo, como apunta el investigador, ya “no encuentran espacio exponentes del llamado marxismo occidental, lo cual está en sintonía con la dominación de la versión soviética del marxismo a nivel de país” (Bermejo, 2003, p. 153).

Una ojeada a los planes docentes impartidos muestra el perfil de los contenidos y las miras desde las cuales se enseñaba la filosofía, montada sobre autoridades como Iudin y Rosenthal, Afanasev, Konstantinov, o a Dinnik en *Historia de la Filosofía*, compartiendo con N. Abagnano. Ellos fueron los autores más consultados, mientras los temas investigados surgían de los propios tópicos tratados del Diamat —materia, conciencia, teoría del conocimiento, leyes de la dialéctica—, seguidos del Histmat, con la comprensión materialista de la historia, conciencia social y sus formas, clases y lucha de clases, dictadura del proletariado, etc., acorde con una recta e infalible lógica, difícil con los años de remover de los esquemas de aquello que por filosofía se entendía.

La filosofía que se impartía no movilizaba, sino se hacían repetir en ella dogmas intangibles y, por ende, ajenos a cualquier discusión, enraizado en la vieja lectura estalinista de los años treinta. No quedaba más que aprender los esquemas teóricos simplificados, las leyes generales, que para nada servían a la acción revolucionaria del tercer mundo. En estos cursos se combinaban el dogma y la metafísica con el mejor positivismo donde la razón confirmaba la fe. Ni al Che Guevara en Cuba, ni a Frantz Fanon en el frente argelino, el cúmulo de estas verdades les pareció ajustado a las necesidades de sus días, no obstante, fue imposible anteponerse a aquella lógica que como mandato se hizo universal.

Solo un hecho abre espacio a lo latinoamericano, sobre lo cual no se ha escrito o valorado a fondo y se desconoce su existencia. Me refiero al Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) que dirigiera el historiador Omar Díaz de Arce. Habría que establecer las fechas, actividades, intercambios, para valorar en qué medida mantuvo viejos senderos. Un amigo que compartiera los mismos tiempos en la UCLV, recuerda haber revisado en el gabinete metodológico del departamento —una especie de biblioteca especializada— libros con el cuño del CELA, de los cuales se ignora su paradero final. Algunos pensamos que otras disciplinas como la literatura y la historia posibilitaron en



ocasiones mantener interés por ideas del continente, no así los departamentos donde se enseñaba la filosofía.

Pablo pertenece al grupo de intelectuales que surgió al calor de este período, denominado años grises para la historia cultural e ideológica cubana, más bien por limitar el diálogo, la polémica, el acercamiento a la realidad nacional, al desarrollo adecuado del marxismo al mundo que le tocaba abrirse y que hiciera de él una pauta útil para aprehender las realidades del sur que pretendía sacudirse del colonialismo y las perspectivas coloniales de ver. La filosofía del marxismo preconizada en los planes de estudio siguió siendo una perspectiva europea, pasada por la URSS, hija de la realidad del capitalismo industrial moderno, nacido del acumulado de riquezas arrasadas desde el sur, con un modelo de desarrollo muy diferente a la suerte del mundo colonial de África, el Caribe o Latinoamérica, al cual sus intelectuales-actores revolucionarios abrían al debate.

Este intervalo de la historia cubana, si bien fue de arduas batallas en el desarrollo de infraestructuras, de avances en diversos órdenes, junto a viles amenazas a la soberanía y urgencias político-ideológicas, fue también el tiempo en el cual se sellaba —en lo ideológico y a su vez en los presupuestos epistémicos— la victoria de una perspectiva teórica de la mano de la autoridad soviética, que forcejeara con la lectura revolucionaria, renovadora del marxismo en el tercer mundo, por actores-intelectuales, quienes, sin plantearse, pusieron en solfa las verdades establecidas por la incontestable teoría. Lamentablemente así sucedió, y se consolidó una profunda huella en su credibilidad, en la enseñanza, en quitarle filo a lo que debió ser agudo.

En 1975 el marxismo-leninismo se ratificaba como la ideología del PCC en su primer congreso, y se hacía designio la enseñanza de esta versión suya a todos los niveles, formando para ello, a ritmos acelerados, a una masa de profesores de filosofía, economía política y comunismo científico que constituían las disciplinas del marxismo-leninismo. Se emprendía entonces un “modelo” de socialismo con la enseñanza de una filosofía contenida en textos invariables. En estos años se creó un grupo notable de profesores que asumieron la docencia en las aulas universitarias, dada la mayor parte de las veces en ‘guías’ y ‘materiales de apoyo a la docencia’, reproducidas en papel gaceta, con letras azules y un perceptible olor a alcohol de caña de azúcar de los estenciles de fabricación alemana, checa o soviética.



La década del ochenta-noventa y el lugar de los estudios de pensamiento (1985 - 1999)

Al filo de los años ochenta, tanto en La Habana como en Santa Clara se abría una ventana nueva al estudio crítico de la filosofía y al pensamiento que se desarrollaba en el continente, como en Cuba misma. Si bien ello no dejó de hacerse en instituciones culturales como Casa de las Américas, espacio a donde llegaban y se publicaban diferentes perspectivas de críticos latinoamericanos y caribeños, en los ámbitos de la academia, poca recepción y desarrollo tenían los textos antes estudiados en una clase de filosofía. En el caso de realizarse, había un “llevarse de rosca” lo leído, para ponerlo en el buen camino de la metodología crítica del marxismo, tratando siempre, en ocasiones fuera de contexto y desde la ignorancia, de agregarle aquello que no vio o tuvo en cuenta y, en el peor de los casos, desacreditando el valor de lo estudiado.

Pero el desarrollo de una investigación sobre el positivismo y otra en torno al pensamiento cubano impulsaron una nueva brecha, más indulgente con la producción filosófica en otros tiempos y lugares. Un lugar indiscutible lo tiene la labor de Pablo Guadarrama, quien avanzaba del prejuicio y la norma dura, al estudio crítico, ponderado de filósofos latinoamericanos de antes y aun vivos.

De este modo, ante el arribo a partir de mediados de los ochenta de un número elevado de jóvenes graduados de filosofía en la URSS, fundamentalmente, llevó al estudio de ese acervo y a compartir un ciclo de cursos de postgrado sobre historia de la filosofía latinoamericana que se mantuvo desde septiembre de 1985 hasta finales de esta década, avanzando en el tiempo los temas y poniendo en nuestras manos a autores ignorados en la formación académica. Este fue el tiempo de constitución de la Cátedra de Pensamiento Latinoamericano “Enrique José Varona” y de inicios del proyecto de investigación en torno al movimiento conocido como filosofía de la liberación latinoamericana. También fueron jornadas de pasarse de mano en mano, uno que otro libro traído por Pablo desde México, Bolivia, Colombia, de autores como Leopoldo Zea, Francisco Miró Quesada, Enrique Dussel, Arturo Andrés Roig y Horacio Cerutti Gulberg, de quienes reconocimos, incluso, otra tradición en las formas de decir.

El conocimiento de este movimiento nos volvía al continente desconocido, a viejas polémicas sobre la autenticidad y la originalidad del pensamiento latinoamericano, a la Teología de la Liberación, a la Declaración de Morelia y a un estilo tan nuevo como innovador para las



formas gastadas como impropias de expresarse la obra crítica en nuestro entorno cultural, pese a los reclamos de analíticos o la herencia anglosajona. Algunos leímos en estos días, por primera vez, el ensayo “Caliban” de Fernández Retamar, como un extraño caso de dialogar desde la increpación por el pensamiento en nuestro continente, publicado justamente cuando se cerraba el Departamento de Filosofía y se zanjaba el esfuerzo ‘herético’ de los jóvenes profesores de filosofía de la universidad habanera, así como cesaba la revista *Pensamiento crítico*, sucedidos en noviembre y julio de 1971, respectivamente.

Un lugar de amarre o de concilio con lo investigado, aun sin estar incluido en la docencia de las asignaturas, lo constituyeron los Simposios de Pensamiento Latinoamericano, el primero desarrollado en noviembre de 1987, el segundo en similar fecha de 1989, para pasar el tercero a enero de 1992, época de “conmemoraciones” del quinto centenario del encuentro de América y de rendición pública de resultados de los estudios sobre la filosofía de la liberación. El cuarto, quinto y sexto simposios se desarrollaron en enero, cada dos años (1994, 1996 y 1998), y en ellos se fueron incrementando las presentaciones de los temas estudiados, sobre autores, corrientes, tendencias, así como sobre el marxismo latinoamericano, tema que le siguiera al estudio de la ‘Filosofía de la liberación’.

Ligado a estas nuevas miras, en 1994 se inició la primera edición de la maestría en pensamiento latinoamericano, se realizaban tesis de doctorado por los investigadores del grupo y en este mismo año se recibió de modo intensivo un curso impartido por los filósofos de Oviedo, dignatarios de esta corriente. El curso “El Materialismo Filosófico ante los desafíos actuales” nos acercaba extrañamente a la escuela del materialismo filosófico de Gustavo Bueno, de una profusa e intrincada obra y decenas de simpatizantes en el mundo español. Una vez más, se ampliaba el espectro de lecturas y se afianzaba la capacidad crítica del grupo constituido.

Un momento particular en la enseñanza de la filosofía lo constituyó el desarrollo experimental, a partir del curso 1991-1992, de un programa de enseñanza de la filosofía que pretendía romper con la lógica del manual y poner a la filosofía marxista más cercana a la suya, a los temas revolucionados por ella, alejándose de la perspectiva metafísica del materialismo sustancialista de materia-conciencia, o del curso regido por el Diamat (materialismo dialéctico) e Histmat (Historical Materialism Journal). El desarrollo del “experimento”, que respetaba las invariantes de la enseñanza establecidas por la Dirección de Marxismo del Ministerio de Educación Superior, ponía no solo otro



orden temático, sino una lectura diferente de la filosofía, yendo a textos clásicos, no ya los vetustos y trillados libros básicos, como a temas propios. Con este paso quedaba abierta otra posibilidad para la enseñanza y para el comportamiento de un departamento docente y de un grupo.

De este modo, se estaba ante un nuevo tiempo, que ya a finales de los años noventa era notorio. En ellos ocupó un lugar distintivo el estudio de la obra de pensamiento latinoamericano y la labor pionera de Pablo Guadarrama. Sería exagerado afirmar que solamente por ello se entró en una nueva etapa para la docencia y la investigación, pero sí fue el tema que posibilitó el acceso a nuevas ideas, al desarrollo individual y distintivo del grupo de Las Villas, conformado en este tercer tiempo, aquí analizado, y ese volver a aquellos pasos dados en la UCLV, sostenidos en una perspectiva más acuciosa y abierta, de quienes podrían ser evaluados de padres de la tradición en la universidad central.

A finales de los años noventa se cerró el periodo propuesto. La crisis económica y social afectó la estabilidad del grupo, al mismo tiempo que se diversificaron los temas estudiados y los actores. Empezó tal vez entonces un nuevo momento que aun hoy se mantiene, con un claustro diverso, heredero de las décadas anteriores y del usufructo de tiempos que nos llevarán a miradas ponderativas de la filosofía y de la perspectiva marxista.

Si el triunfo de la Revolución cubana animó la comprensión teórica del inusual proceso y fue necesario reevaluar el papel de las subjetividades localizadas en el sur, hacer teoría desde la práctica que la emancipara a ella misma de prejuicios y dogmas, así como a enfrentar una inmanencia nueva, fue la geopolítica —tantas veces caprichosa en la historia— la que exigió asegurar los espacios ganados. Con ello escapó entre la paja el grano, se cortó por lo sano, trozando a su vez lo sano, y se nos alejó de la posibilidad de aprender a nosotros mismos como a los vecinos insulares y de toda Nuestra América al sur del Río Bravo, incluyendo a las “islas doloras del mar”. No obstante, pasado el tiempo, y al volver la mirada atrás como un profeta, se puede asegurar que ha habido un recorrido, un viaje, cargado de signos. Examinarlo es a su vez hacer un merecido homenaje a Pablo Guadarrama por su impulso y su tino, su modo de enrumbar, nacido de una herencia, como a su vez a todos los profesores a los cuales la UCLV ha sabido homenajearle, lo cual significa agradecerle sus mejores años por su servicio académico.



Referencias

- Bermejo, A. (2003). Islas y la difusión del quehacer de las ciencias sociales. *Islas*, 45(135), 145-158.
- Feijóo, S. (2009). *El sensible zarapico*. Selección y prólogo de Rene Batista Moreno. Santa Clara: Capiro.
- Fornet, J. (2013). *El 71. Anatomía de una crisis*. La Habana: Letras Cubanas.
- León del Río, Y.; Valdés García, F. (2001). Pablo Guadarrama González. En Jalif Bertranou (ed.), *Semillas en el tiempo. El latinoamericanismo filosófico contemporáneo* (pp. 103-116). Mendoza: Editorial de la Universidad Nacional de Cuyo.
- Rodríguez, M. (2003). La labor editorial de Samuel Feijóo en la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas. (1958-1968)”. *Islas*, 45(135), 117-144.